

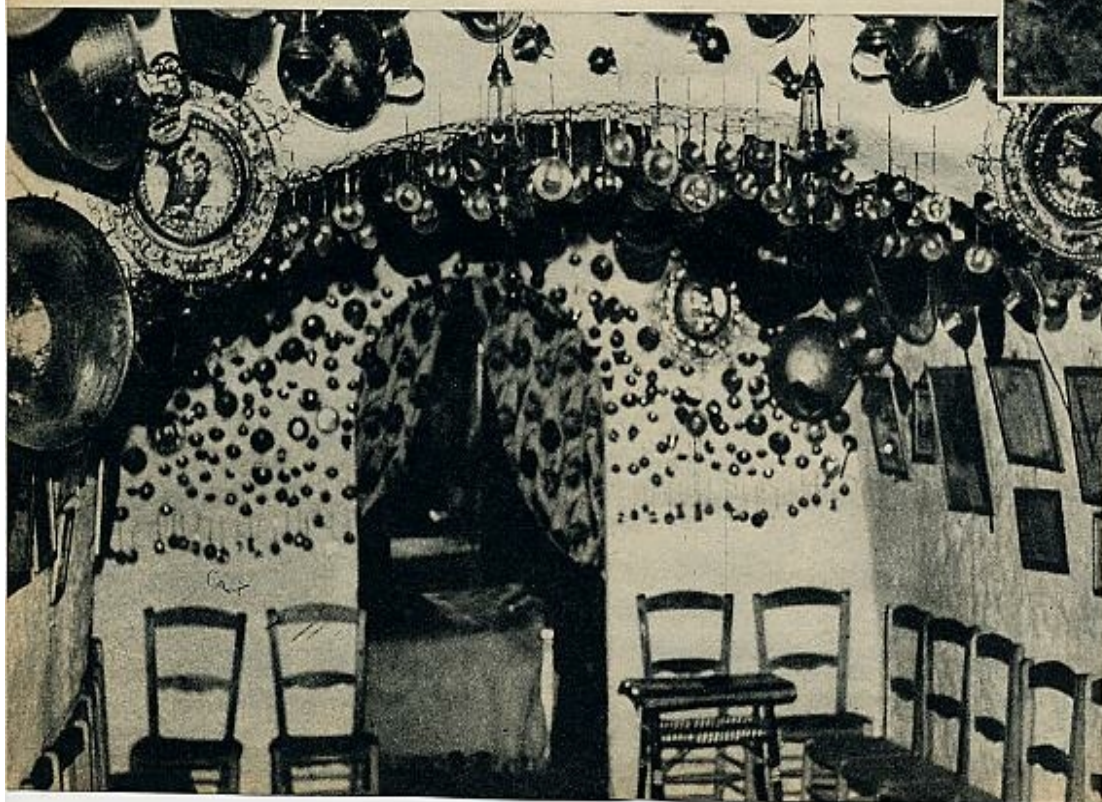
ALARMA EN EL SACRO



LAS primeras noticias eran alarmantes: «El Sacromonte se desmorona a causa de la lluvia», «Andalucía pierde uno de sus más fuertes atractivos turísticos», «Las cuevas sacramontanas se hundien por el corrimiento de la tierra»... Más o menos éstos eran los titulares que sembraron la alarma. Una alarma completamente injustificada en lo que a la esencia de la noticia se refiere. Un gitanillo que nos ha seguido en nuestro recorrido por

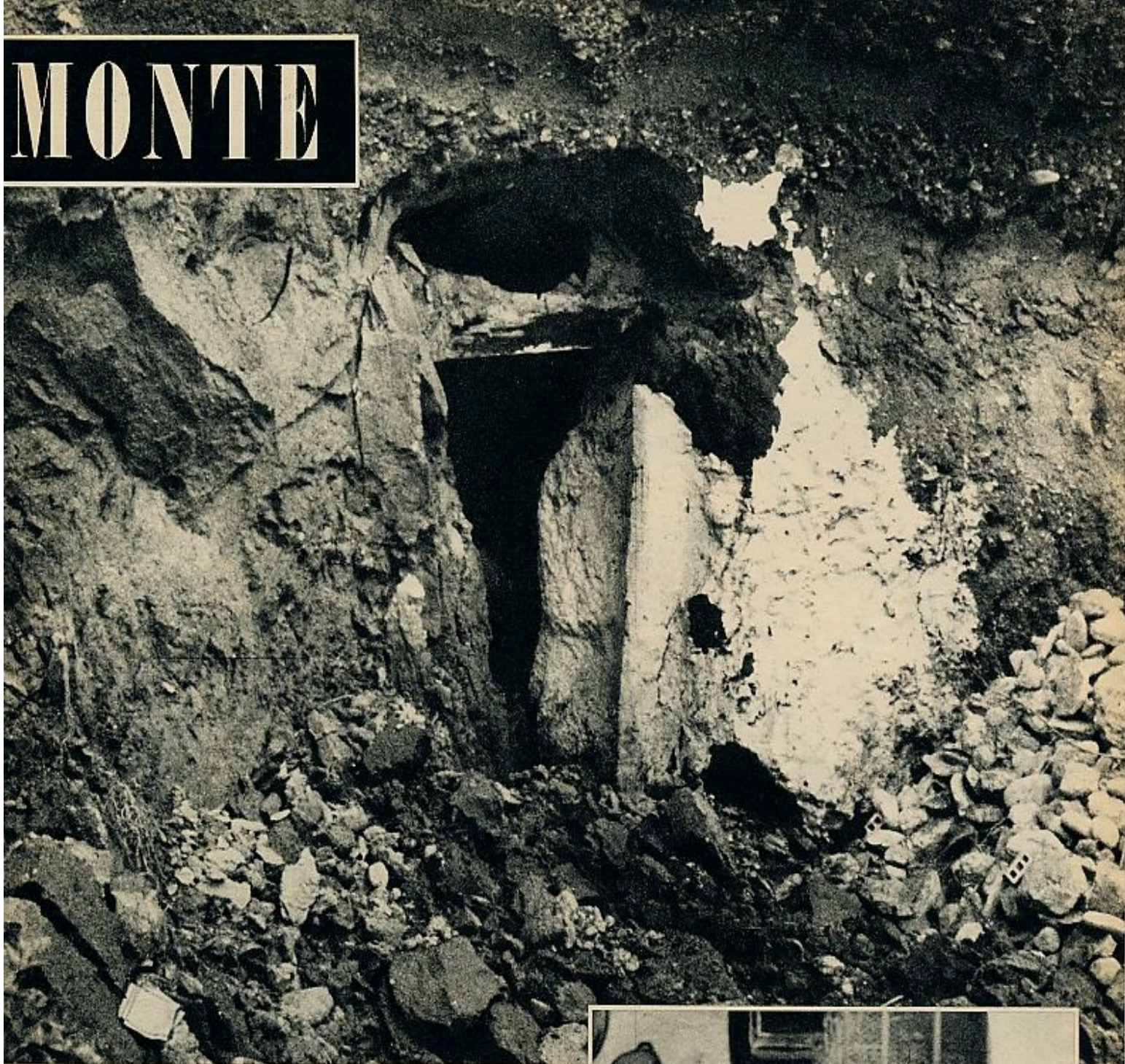
las cuevas, atento a nuestras preguntas, resume en una frase lo que ya se había desprendido de la charla con los habitantes del Monte: «Pos no son poco exajeraos ni na»...

Es indudable que el aspecto que ofrece ahora el tradicional monte gitano difiere muchísimo de su panorama habitual. El silencio y la soledad —sólo quedan viviendo unas cien personas— lo envuelven por completo. Ni un rasgueo de guitarra, ni una coplilla improvisada, ni castañeteo,



nada. Las calles están vacías, las veredas imposibles; las chumberas, con las raíces al aire, han rodado por el barranco hasta besar el Darro. La mayor parte de las cuevas hundidas están localizadas en el «Barranco de los negros», cerca de Puente Quebrada; su típico aspecto exterior, encalado y refulgente, se ha convertido en sucios montones de tierra removida. En realidad estas cuevas no tienen nada que ver con las visitadas por los turistas. Si es cierto que algunas de ellas albergaban al elemento humano que interviene en las zambras y que prestan su colorido a la homogeneidad del paisaje, pero también es cierto que muchas de ellas eran únicamente agujeros indignos de ser habitados. Al Sacromonte no se le puede tildar de barrio; es, en esencia, el espíritu de una tradición poética y literaria. Sin embargo, el paso del tiempo y el señuelo del dinero fácilmente ganado

MONTE



ha atraído a una gran cantidad de gente que ha mixtificado su pura raza racial, ferozmente guardada por los auténticos gitanos. La vista actual del agreste Sacromonte produce pena. Por muchas razones, por lo que podía ser, por lo que debería ser y no es, porque esta coyuntura ha evidenciado la carencia total de una visión suficientemente aguda como para distinguir aquello que se debe conservar y proteger por cuanto de ancestral tiene y lo otro, la bazofia, el vaho que empaña miserablemente el brillo de lo verdaderamente digno de admiración.

El futuro del Sacromonte —tan cargado de historia y tradición, tan señero para Granada— parece ser que se ha decidido firme y certeramente, porque no tiene que ver la paupérrima miseria, con la enjundia típica de una raza y sus costumbres. El Sacromonte va a ser remozado. Le hacía falta. A pesar de sus cuevas con cuartos de

baño, teléfono, luz y gas butano, la realidad es que éstas son una, dos, tres a lo sumo. El Monte quedará reducido a lo que hoy debe ser, a un lugar típico, netamente turístico, donde se manifiesten las formas de vivir y de sentir de una gente, pero sin aditamentos de miseria social.

El Sacromonte no muere como se creyó en un principio. El Sacromonte se remozará. Las cuevas de raigambre, las de las zambras famosas, la de los Amaya, la de «la Rosío», la «Canastera», la de Lola Medina, persistirán, y se crearán otras nuevas proyectadas técnicamente, con plenas seguridades para sus habitantes. Todo ello se llevará a cabo en un futuro inmediato, sin que, por ello, el Sacromonte pierda nada de su abolengo y vieja filonomía.

Javier CERMEÑO
Fotos de Torres Molina

